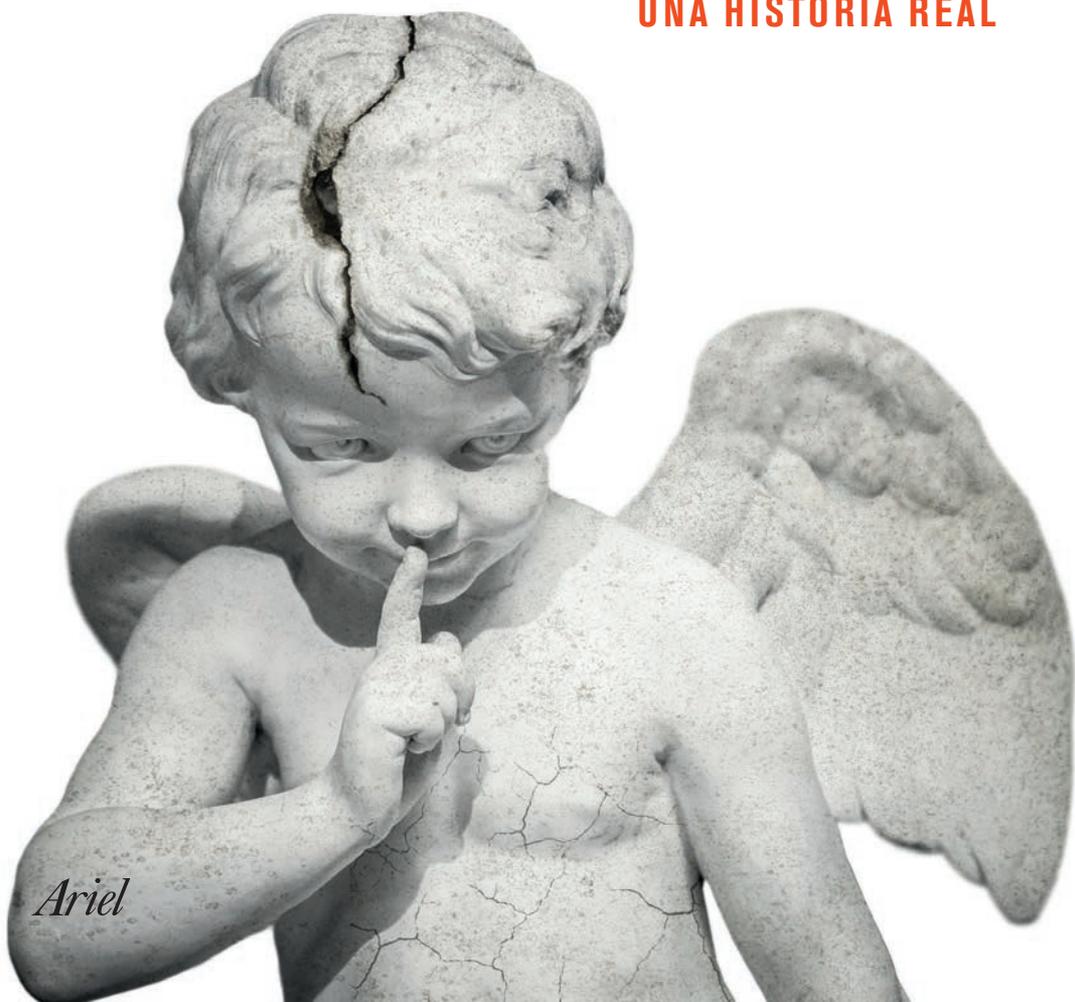


PABLO TRINCIA

VENENO

**TAMBIÉN LOS NIÑOS SABEN MENTIR.
Y UNA MENTIRA SUYA PUEDE DESENCADENAR EL INFIERNO**

UNA HISTORIA REAL



Ariel

Pablo Trincia

Veneno

Una historia real

Traducción de Carlos Gumpert

Ariel

Título original: *Veleno. Una storia vera*

© 2019, Pablo Trincia
© 2019, Giulio Einaudi Editore S. p. A., Turín
© 2022, Carlos Gumpert, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Ayda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3622-0
Depósito legal: B. 7.479-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

| | |
|--------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Primera parte.</i> El contagio. | 17 |
| <i>Segunda parte.</i> El mundo sumergido. | 79 |
| <i>Tercera parte.</i> Un ejército de fantasmas. | 127 |
| <i>Cuarta parte.</i> Una noche que dura ya veinte años . . . | 177 |
| | |
| <i>Agradecimientos</i> | 293 |
| <i>Bibliografía.</i> | 297 |

1

En octubre de 2014 me encontraba en Monrovia, la capital de Liberia, enviado por un programa de televisión para realizar un documental sobre la epidemia de Ébola que estaba causando una hecatombe en ese rincón pobre y remoto de África Occidental. No había barrio que no se hallara en estado de alerta. Miles de personas habían muerto en pocos meses a causa de ese virus letal, que al personal médico de numerosas agencias y organizaciones internacionales de todo el mundo aún le costaba trabajo contener. Las calles estaban plagadas de carteles que invitaban a los habitantes a evitar en lo posible cualquier forma de contacto físico y el olor a desinfectantes a base de euclorina llenaba el aire cálido y húmedo.

Una mañana seguí a una de las ambulancias que circulaban sin descanso por las chozas de barro y hojalata de los barrios más pobres para recoger los cuerpos de las víctimas con la mayor rapidez posible. Enterrar a los seres queridos estaba estrictamente prohibido. La noche anterior, una familia musulmana de un barrio cercano a la playa había llamado al número de emergencias para informar de un caso de muerte. Cuando llegué, los camilleros ya estaban manos a la obra. El cuerpo del niño estaba encerrado en un saco y tirado sobre la hierba. La lluvia golpeaba el plástico blanco. Llevaba muerto unas horas, a los ocho meses de edad. Debajo de un árbol, un grupo de vecinos se había reunido para

observar la escena, mientras el personal de la ambulancia subía a una furgoneta el cuerpo que acababan de sacar de una de las habitaciones. Llevaban monos blancos, mascarillas, gafas de protección, enormes guantes amarillos y se desinfectaban obsesivamente con un espray. Uno de ellos se acercó al abuelo del niño. «Por favor, en cuanto terminemos, quemad el colchón donde dormía el bebé.» El hombre asintió. Cuando se llevaron el cuerpecito, la madre se echó a llorar desconsoladamente. Después de haberla filmado, me volví hacia Francesca, la operadora que trabajaba conmigo, guiñándole un ojo con una sonrisa. «Estupendo, esta ha sido buena. ¿Nos vamos a comer?»

Esa misma noche comprendí que había algo que no iba bien, mientras pensaba en lo ocurrido en mi habitación de hotel. Esa escena desgarradora no me había turbado en lo más mínimo. La había afrontado con indiferencia y cinismo. Y no era la primera vez que me ocurría. De repente me di cuenta de que la madre deshecha en lágrimas y el niño muerto no eran para mí personas reales, sino simples personajes secundarios de una película en la que *yo* era el protagonista. No me importaba gran cosa de su desgracia.

Una vez de regreso a casa seguí pensando en ello. Tenía treinta y siete años y de repente me sentí muy lejos del chico que unos diez años antes había emprendido el oficio de periodista creyendo que realmente le importaba la vida de los demás. Me preguntaba en quién y en qué me había convertido.

Tenía que empezar de nuevo desde alguna parte. Enamorarme de una historia que diera sentido a las cosas. Me sumergiría en ella y me dejaría llevar por la corriente. Entonces, una tarde que estaba con Luca, un amigo director de radio, me llamó para que viera una cosa en el ordenador: «Vente un minuto, mira este artículo».

El reportaje contaba la historia de Lorena Morselli, una maestra de jardín de infancia de Massa Finalese, en la pro-

vincia de Módena, que había vivido un interminable proceso judicial, acusada de abusos, rituales satánicos y violencia sexual contra sus cuatro hijos, a los que no había vuelto a ver desde que eran pequeños.

Su historia era espeluznante. En la madrugada del 12 de noviembre de 1998, la policía se presentó en la casa donde vivía junto a su marido Delfino Covezzi con una orden de alejamiento de sus hijos emitida por el Juzgado de Menores de Bolonia: una sobrina de ocho años atendida por los Servicios Sociales los acusaba de ser cómplices de una secta de depravados asesinos que llevaban a los niños de Massa a los cementerios de la zona por la noche para violarlos, venderlos a una banda de pederastas y hacerlos participar en sacrificios humanos. Una historia de terror de la que nunca había oído hablar, en una provincia hecha de campos, caminos secundarios, granjas, casas de comidas y caseríos abandonados, donde aparentemente nunca pasaba nada.

Después de escuchar con atención a la niña, las psicólogas y los trabajadores sociales de Mirandola alertaron de inmediato a las autoridades para poner a salvo también a los hijos de Lorena y Delfino Covezzi: Veronica, de once años. Pietro, de nueve. Federico, de siete. Aurora, de tres. A todos los despertaron a la vez y los sacaron de allí en cuestión de horas. Para desvanecerse para siempre. Con el fin de evitar que le quitaran también el quinto hijo que llevaba en su vientre, Lorena huyó para dar a luz en el extranjero y se escondió con el bebé en un pueblecito de la Provenza. El mismo lugar desde donde me contestó por teléfono, poco después de que terminara de leer el artículo y encontrase su número.

La mujer tenía el marcado acento de la zona de la Bassa, la llanura situada al norte de Módena, apuntalado, sin embargo, por palabras y muletillas francesas que se le escapaban cuando se perdía en sus pensamientos: *Oui, voilà, bon, donc, mais non!, attendez, alors, d'accord*. Su relato no siempre resultaba lineal. A veces se parecía más al vuelo errático y

tortuoso de una mariposa. De vez en cuando, mientras contaba la historia, se le venía a la cabeza un episodio, y en ese momento abandonaba un recuerdo para seguir otro, abría paréntesis sin cerrar ninguno y perdía el hilo. Después de lo cual, riéndose avergonzada, reanudaba el relato con un «bueno, *donc*, ¿dónde nos habíamos quedado?». Cuando la conversación recaía sobre sus hijos, se conmovía y las frases terminaban en un sollozo ahogado.

Tras su alejamiento, los tres hijos mayores confirmaron el testimonio de su pequeña prima, acusando a Lorena de feroces delitos: violencia psicológica, secuestros, violaciones y atroces asesinatos en los cementerios, donde ella y su marido los habían constreñido a presenciar todo tipo de crímenes, obligándolos a participar activamente en más de una ocasión.

Una vez puestos a salvo por los trabajadores sociales y las autoridades, sus hijos habían rehecho sus vidas con otras familias, y a medida que crecían se convencieron de que sus padres tenían que pagar en la cárcel todo el daño que les habían hecho. Desde aquella mañana de otoño de 1998 no quisieron saber nada más de ella.

Los cónyuges Covezzi fueron condenados a doce años en primera instancia, para ser absueltos en diciembre de 2014 tras un largo itinerario judicial. Pero Delfino no llegó a ver el final del juicio. Había muerto de un infarto el año anterior. La mujer se quedó sola con su quinto hijo, Stefano. Hacía años que concedía entrevistas a cualquiera que se pusiera en contacto con ella para contar cómo los Servicios Sociales de Mirandola habían destruido lo más precioso de su vida, obligándola a huir de su trabajo, de su comunidad parroquial, de sus familiares, constriñéndola a esconderse como una fugitiva en un país extranjero. Al cabo de dieciséis años no le quedaba nada. Solo conservaba una inquebrantable fe en Cristo y ese único hijo de pelo castaño y ojos claros que la había salvado de la locura.

Yo no sabía si creerle o no. La de Lorena era una historia repleta de lagunas y de lados oscuros. ¿Por qué sus hijos habían contado aquellas cosas sobre ella? Estaba confundido, tanto como periodista como en mi condición de padre. Lorena me explicó que habían sido las psicólogas quienes les habían metido esas historias en la cabeza a los niños, pilotándolos contra sus padres. ¿Podían de verdad unas profesionales inventarse historias tan horribles y conseguir que los pequeños las repitieran? ¿Por qué razón, además? ¿Y si fuera *ella*, en cambio, quien tuviese una personalidad doble?

—Los Servicios Sociales no solo se llevaron a mis hijos —me dijo—. Entre 1997 y 1998, en los dos pueblos de Massa Finalese y Mirandola, alejaron de sus padres a catorce... no, disculpa... quince... o más bien dieciséis, todos de familias acusadas de las mismas cosas.

Y así, mientras con su acostumbrado desorden desgranaba nombres, lugares, sentencias y fechas de muerte, me encontré asomado con incredulidad al interior de un gigantesco agujero negro que poco a poco empezaba a succionarme a mí también. Una sensación de angustia, de desconcierto y de miedo que nunca antes había sentido.

Comprender quiénes eran los demás, de qué habían sido acusados sus padres y cómo se llegó más tarde a la familia de Lorena me ayudaría a visualizar mejor el mosaico polvoriento que había atrapado mi atención de inmediato.

Empecé a recopilar la mayor cantidad de material posible sobre el caso de los pederastas de la Bassa de Módena. En internet se encontraban algunos artículos antiguos que resumían lo ocurrido, pero sin entrar en demasiados detalles. Si quería reconstruir todos los pasajes, necesitaba documentación: sentencias, actas de las audiencias, informes de los Servicios Sociales y del Juzgado de Menores. Solicitar el acceso a las actas ni siquiera me lo planteaba. Demasiado tiempo, demasiada burocracia.

Empecé a llamar a algunos de los abogados que habían defendido a las familias, preguntando si habían guardado los expedientes, pero no encontré prácticamente nada. Era material en papel que databa de bastantes años atrás. Algunos se habían deshecho de todo aquello, otros habían extraviado su rastro durante una mudanza, o lo habían perdido durante el terremoto que tuvo como epicentro esa zona en 2012, provocando el derrumbe y la inaccesibilidad de casas y edificios. Y, en todo caso, la mayoría de los profesionales que de una forma u otra se habían ocupado del asunto no ocultaban cierta desconfianza hacia un periodista que venía de fuera. ¿Qué podía querer uno así, al cabo de tantos años?

La impresión que me dio, hablando con los pocos que accedieron a atenderme, fue que por alguna oscura razón nadie quería volver a meter las narices en aquella historia. Era una experiencia concluida ya, que había que olvidar. «¿Podría haber algo de verdad en los relatos de todos esos niños?», era la pregunta que repetía. La respuesta más frecuente era: «Podría ser, pero mi cliente no tiene nada que ver», o «A estas alturas es imposible saberlo».

Nadie sabía exactamente cuántos y qué niños se habían visto involucrados. Cuántos y qué miembros de la familia. Cuántas y qué personas. Cuántas y qué sentencias y absoluciones hubo. Ninguno de ellos estaba en condiciones de servirme de Virgilio en un viaje atrás en el tiempo. Habría supuesto un trabajo y un esfuerzo que nadie, entre mil causas mucho más urgentes, hubiera podido permitirse. Abordar una historia tan enorme yo solo habría sido demasiado complicado. Así que recurrí a una de las colegas más inteligentes que conocía. Una periodista joven, pero con una gran intuición: Alessia Rafanelli. Durante los siguientes cuatro años, esa historia se convertiría en nuestra obsesión.

De esta manera, una mañana de primavera de 2015, cogí el coche y recorrí las dos horas y media de carretera que sepa-

ran Milán de Massa Finalese. No conocía a nadie. Solo tenía algunos datos generales y poco más. Antes de llegar a Massa me detuve en la plaza de Mirandola, entreteniéndome con los mayores de treinta y cinco años para preguntarles si recordaban algo o conocían a alguien. Pedófilos. Ritos en los cementerios. Procesos. Condenas. Estaba convencido de que, en pueblos pequeños como esos, donde todos se conocen, me resultaría fácil conseguir anécdotas, direcciones y números de teléfono. Pero los transeúntes y los ancianos sentados en los bancos frente al Caffè del Teatro fruncían el ceño y me miraban con asombro. «No me suena nada. ¿Está seguro de que sucedió aquí en Mirandola? Aaah, ya me acuerdo, pero fue hace mucho tiempo. ¡Además, fue en la Bassa, no aquí en Mirandola!» Entrevisté a varias personas, todas ellas residentes allí desde hacía años, o desde siempre. Nadie parecía guardar memoria de una historia que, sin embargo, había ocupado páginas y páginas de las crónicas locales durante mucho tiempo. Era un recuerdo vago, de algo que había ocurrido hacía demasiados años, y que sin embargo había sucedido «allá afuera», en ese páramo campesino de pueblos dormitorio donde a los naturales de Módena y de Mirandola no les gusta especialmente adentrarse más que para ir en busca de algún buen restaurante.

La amnesia también parecía haber afectado a Massa Finalese, la pedanía de Finale Emilia que también se había visto arrollada por aquel tsunami judicial. Había llegado allí desde el suroeste, recorriendo una carretera arbolada de dos carriles flanqueada por campos y un canal.

Inmediatamente después del cartel de entrada, en el lado derecho, observé un imponente edificio en desuso, de tres pisos de altura y largo como un campo de fútbol. Más adelante, entre las casas y los árboles, destacaba un extravagante castillo neogótico de principios del siglo xx, con sus torres y almenas. Por lo demás, el anejo no tenía nada digno de

mención. Piazza Caduti per la Libertà, en el centro, parecía más un cruce de tres calles, en mitad de las cuales se encontraba la estatua de un anónimo soldado de infantería en mármol blanco, con la mano izquierda en el corazón, que parecía buscar algo con la mirada a lo lejos, más allá de los tejados, de los campanarios de Finale: «En memoria de su sacrificio, Massa honra a sus caídos».

No fue difícil, una vez que bajé del coche, averiguar cuáles eran los principales lugares de encuentro del pueblo, todos a unas pocas decenas de metros entre sí: el bar de la señora china cerca de la estatua, donde a partir de las seis de la tarde los jóvenes toman el aperitivo; la pastelería Ratti, un poco más *in*, al otro lado de la calle. El Speedy-pizza-cafetería-snack-bar-cervecería, detrás del banco, al que acudían sobre todo las personas mayores. Y, por último, más apartado y con una fauna más homogénea, el bar Pesa, en el rincón más oriental de la plaza, hacia la avenida arbolada que conduce directamente al cementerio.

Allí también, la reacción de muchas personas con las que hablé fue la misma. Entrecerraban los ojos, como si se esforzaran por buscar en el tiempo, pero todo lo que recordaban eran algunos destellos de una historia que yo parecía conocer mejor que ellos. Todos sabían quiénes eran los cónyuges Covezzi y alguien incluso recordó que acabó involucrado un cura de la zona, «un tal padre Giorgio», pero poco más. Me costaba creer que una historia tan engorrosa para un pueblecito de cuatro mil almas hubiera terminado en el olvido. ¿De verdad no se acordaban? ¿O se hacían los locos y no querían hablar del asunto? Lo evidente era que aquello no iba a resultar fácil.